REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 6 DE NOVIEMBRE DE 1922 | No. 6

Nuestro Brenes Mesén responde, el segundo, a la encuesta del "Repertorio Americano"

Señor don Moisés Vincenzi

San José de Costa Rica.

Estimado amigo Vincenzi:

SOLÍA Ud. llegar a mi casa para conversar conmigo. Sea esta mi carta una conversación más acerca de las seis preguntas que por mediación del señor García Monge se ha servido dirigirme. Como esas preguntas están a la vista de Ud., me permitiré referirme a ellas por número, sin repetir, *verbatim*, su contenido.

1. Quien conteste *no* a su primera pregunta tendrá tanta razón como quien le responda *sí*. ¿A qué una enseñanza sin fe originada en la convicción, por tanto, sin sólido entusiasmo? En los más de nuestros países la enseñanza carece de valor realmente humano. Se enseña para ornar la mente con las mariposeantes sombras de las ideas. Las ideas son fuerzas cuando arraigan en el entendimiento; no de otro modo. Más de treinta años hace que en ese país viene enseñándose el sistema métrico y todavía no se ha educado el pueblo—ni los que no son pueblo.—Se compra por libras, y por varas, y por cuartillos, y por manzanas. Hace más de treinta años que en las escuelas de ese país se enseña el canto y todavía ese pueblo no canta. Hace más de treinta años han predominado en el Gobierno de esa república los elementos liberales, y poco ha el Estado se ha consagrado al Corazón de Jesús. Hace más de treinta se dió principio a la enseñanza de la Instrucción Cívica en ese país y el único hombre que trató de vivir esas enseñanzas fué el autor del primer libro o cartilla que se publicó sobre la materia, cuando llegó a la presidencia de la república. El exceso de energías que puso en mantener alto y limpio su ideal, así como la profunda decepción que le produjo aquel resultado sin precedentes y que permitió los juicios más erróneos acerca de sus intentos políticos, ocasionaron a aquel grande hombre una enfermedad que puso en peligro su vida. Acabemos con esa mentida fe en la enseñanza. Es un error injustificable después de cuanto se ha hecho en Filosofía e Historia de la Educación. Enseñanza que no sea educación sólo posee un mero valor informativo. Cuando el Cristianismo educó hubo reducidas comunidades con civilización cristiana. Desde que el Cristianismo enseña todo el Decálago es una mentira convencional.

Por otra parte la enseñanza es puramente mental y la raza comprende algo más que la mente. Lo fundamental de las razas bien poco tiene que ver con la mente. Las leyes del entendimiento, de acuerdo con la ciencia ortodoxa, son unas mismas para todas las razas. No así la manera de sentir el mundo ni la de reaccionar ante el mundo. La educación, quizás, puede penetrar en estas reconditeces; la enseñanza, nunca.

Cada raza tiene una función humana que cumplir. Toda educación que envuelva antagonismo de razas constituirá un profundo error. Si se desea contribuir al bienestar del mundo procúrese que la educación acentúe los caracteres distintivos de la raza y ensanche el entendimiento para la comprensión de los caracteres de las demás razas. Esto será civilizar. Lo cual ha de ser la misión de maestros, intelectuales y gobernantes. Mucho se enseña; se civiliza bien poca cosa.

2. Las constituciones carecen de todo poder creador. Son valladares, defensas, trincheras, murallas, según el carácter del pueblo que las formule o acepte. Pero son por su naturaleza pasivas. Nada son las constituciones, allí donde se carece de la opinión pública y la tradición. Los sabios legisladores crean; las constituciones dan estabilidad a sus creaciones. Las democracias sólo saben destruir, cuando de verdad gobierna el *demos*. Desde que hay constituciones se ha propagado la corrupción política; hay más politicastros y menos estadistas. Sucede con ellas como con el Decálogo: no se vive de conformidad con su espíritu. Para que los pueblos se comprendan no se requiere modificación alguna en sus constituciones. Para unirse los aliados no alteraron una coma en sus constituciones. Si ellas incomodan y el caso es urgente, se las suspende. Esa es la práctica de todos los pueblos.

Cuando se fía mucho en esos códigos cesa la acción de los individuos. Para crear una corriente de pensamiento favorable a un propósito, conviene la lucha permanente y no la pasividad a que conduce la certidumbre de que ya no hay peligro de oposición. La acción pública, la opinión pública, son más poderosas que todos esos códigos; ellas suelen crear tales códigos. Váyase a la educación de la opinión pública, luego a la acción pública, primero. Constitucionalícese después.

3. Sí, un gran esfuerzo para pagar lo que se debe. Mientras esas naciones tengan deudas en el extranjero, su independencia moral y la política serán inciertas, sus humillaciones inevitables.

¿Buscar dinero prestado en el exterior? Cobardía sin nombre. Páguese primero lo que se debe y vendrán los prestamistas a ofrecer su dinero en las mejores condiciones del mundo.

De los cuatrocientos cincuenta mil habitantes de ese país, doscientos mil deberían imponerse a sí mismos el deber de contribuir con cinco dólares anuales para la amortización de la

---

CUESTIONARIO:

1ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6ª Estima Ud. prudente que nuestra América latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual, ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuesta anterior:

La del *Dr. E. J. Varona*, Habana.

deuda extranjera [1]. Tal contribución daría un millón anual. Antes de veinticinco años se tendría pagada la deuda; se habría establecido una perfecta unidad nacional mediante el aprendizaje de la libre cooperación para fines enteramente impersonales; se habría ennoblecido el carácter de todas las familias contribuyentes; se habría dado el ejemplo al Continente de cómo un pueblo sabe ser heroico en tiempo de paz; se habría centuplicado el crédito de la nación y de los individuos simultáneamente. Por último, se habría comprendido, de una manera efectiva, que todos los empréstitos deben ser pagados por los ciudadanos; verdad que ignoran cuantos abogan por los empréstitos extranjeros con el fin de que no se graven los impuestos en el interior. Después de cien años de República todavía hay ignorantes que se imaginan que las cargas del Estado son cargas ajenas y no propias.

4. Nadie quiere relaciones de negocio con los deudores morosos o con los que pagan mal. Nada mejora las relaciones económicas, así entre individuos como entre naciones, como el ser buen pagador. Después, lo que importa es una vida de economía por parte de los individuos y del Estado. Con un pueblo rico todos los demás pueblos quieren relaciones de toda índole. Lo que se impone, desde luego, es comenzar a pagar. Organícese una Junta de las cinco o veinticinco personas más honorables del país que dirija el movimiento en toda la nación, y dése principio a la colección de fondos con destino al pago de la deuda extranjera; remítanse esos fondos cada tres meses y tómense todas las precauciones que garanticen a los contribuyentes la probidad de la organización y de su funcionamiento.

Esto es, no busquemos afuera auxilios sin haber demostrado a la nación y al mundo que se es un pueblo de honor y de energía, y de enduranza bastante para imponerse sacrificios de gran intensidad. Cuando se haya hecho eso, la voz de ese pueblo se oirá por dondequiera.

5. A esa pregunta respondo que cada escritor del Continente y de la Península deberá pensar cuando escribe para el público, que su auditorio está desparramado en dos continentes y que pensar en México o en la Argentina o en España es tan provincial como pensar en Sonora dentro de México o en Galicia dentro de España. El escritor inglés sabe que su público está en Inglaterra, en Australia, en los Estados Unidos, Nueva Zelanda y la India. Todas las gentes de habla española deberán saber que su público no es Chile, ni Cuba, ni Colombia, ni Centro América por separado, sino todas las naciones que hablan su misma lengua. Esta es, en mi opinión, la verdadera manera de unificar espiritualmente. Facilitar y extender el mercado de los libros a fin de que la compenetración espiritual se produzca en el más breve tiempo, ha de ser un propósito permanente de todos los hombres de letras.

¿Nacionalizar las letras? Sería el más grave de los yerros. Sean los escritores la voz de la raza. Las más bellas páginas de las literaturas clásicas poseen un valor universal, hablan al corazón humano en la lengua que perteneció a una raza y no a un estado.

Cuando un pueblo perteneciente a la raza tiene un dolor profundo que expresar, un grave problema que resolver, sean sus escritores quienes hablen ante la raza para hacerla partícipe de su dolor y de sus perplejidades. Pero hable siempre a la raza. Agite el menguado político las pasiones del caserío.

6. El caso de los Estados Unidos hoy es el caso de Inglaterra ayer, y de España antes de ayer, y del Imperio de Carlo Magno, y de la Roma pontificia, y de la Roma cesárea, y de todos los grandes imperios de todas las épocas y de todas las razas. Pague la América Española sus deudas a los Estados Unidos, viva de acuerdo con los más elevados principios de gobierno civilizado, muéstrese como una sola entidad moral ante el mundo y todos los grandes de la tierra cortejarán su favor. Las ambiciones de los malvados dividen esas pequeñas naciones en bandos, alguno de los cuales recurre al gobierno de Washington para que se le invista con el poder. Cuando al Secretario de Estado Bryan hablé en nombre de los liberales centroamericanos para que retirasen los marinos que en Nicaragua tienen los Estados Unidos, él me respondió que en más de una ocasión lo habían intentado; pero que a ello se habían opuesto siempre los que estando en el poder representaban la república, en cuyo nombre pedían a los Estados Unidos garantizar el orden y la libertad con su bandera y sus marinos. Cada afortunado caudillo que triunfa en una revolución o cada cobarde cabecilla que logra huir de su patria, vienen a pedir reconocimiento o amparo y devolución del poder a los Estados Unidos.

La única noble actitud de esos pueblos es la dignidad altiva, la autonomía del pensamiento que habrá de ser la base de las demás formas de la autonomía, la comprensión clara del sentido que tienen los movimientos de las diversas razas en la hora presente, a fin de no perder de vista el vasto conjunto. La armonía del Continente exige esa comprensión para cooperar con los Estados Unidos en la creación de una nueva forma de civilización. Surjan los Estados Unidos de la Raza Española para que en armonía con los de Norte América, puedan engendrar la gran civilización que a desarrollar está llamado este prodigioso Continente.

De Ud. amigo y S. S.

ROBERTO BRENES MESÉN.

Syracuse, New York, 11 de octubre de 1922.

(1) En carta privada, añade el Sr. Brenes: «Ud. puede anunciar que en la lista de contribuyentes para el pago de la deuda extranjera mi compañera y yo deseamos figurar con la suma allí apuntada para todos».

Lista

de contribuyentes para el pago de la deuda exterior de Costa Rica.

Contribución anual $ 5.00 oro am.

R. Brenes Mesén
Ana María de Brenes Mesén
REPERTORIO AMERICANO
Carmen Lira
Moisés Vincenzi

?
?
?

Mutilación

Me cortaron los brazos, ya no puedo tejer.
La tela de mi vida ha quedado inconclusa,
me cortaron los brazos, no la puedo tejer.

Me han cortado las piernas, no me puedo
[mover.
El fruto de la Vida cuelga intacto, a mi
[lado,
me han cortado las piernas, no lo puedo
[coger.

Cegaron mis pupilas, ay! ya no puedo ver.
A mis plantas extiende sus paisajes la Vida,
cegaron mis pupilas, ay! no los puedo ver.

Me sellaron los labios, ya no puedo beber.
El agua de la Vida corre fresca a mi lado,
me sellaron los labios, no la puedo beber.

. . . .

Los que así mutilaron mi cuerpo, cada día,
ay! ¿por qué me dejaron deseos y querer?...

LUISA LUISI

Montevideo, 1922.

Una lección de tolerancia

POR AZORIN

LOS grandes clásicos españoles son a manera de antiguos y abandonados palacios. Pocos son los que entran en esos viejos edificios. Se habla de ellos por lo que se ve desde fuera. Hay quien se arriesga a penetrar en la mansión, pero no pasa del zaguán. No falta algún raro curioso que se interna por algunas salas y corredores. Cuando regresa a la calle y cuenta lo que ha visto, suelen acogerse sus palabras con incredulidad y con asombro. Y algunas veces también con indignación. No puede ser que un visitante del viejo palacio haya penetrado en él y haya visto lo que nosotros no hemos querido ver. Aparte de que es inútil entrar en la mansión para escudriñar sus estancias y dependencias. Basta con describirla por de fuera...

Así razonan muchos de los que tratan de la literatura clásica. ¿Debemos o no debemos entrar en la vieja mansión? Entremos en ella; esos antiguos palacios españoles (los autores clásicos) están inexplorados. Por más que en nuestras repetidas visitas creamos conocerlos, siempre, pasando y repasando por sus varias salas y oficinas, encontraremos algo nuevo. Recordemos las sorpresas que experimentamos en las casas viejas y cercadas cuando vamos escudriñando las estancias y examinando los arcaicos y pintorescos muebles.

El *Quijote* es un soberbio palacio—poco frecuentado; las comedias de Lope, los poemas de Garcilaso, los *Nombres de Cristo*, de Fray Luis de León, son asimismo mansiones señoriales magníficas. Y es admirable también un libro citado con frecuencia, pero que pocos leen: la *Guía de Pecadores*, de Fray Luis de Granada.

¿Quién lee en España la *Guía de Pecadores*? ¿Quién sabe todo lo que hay en este maravilloso palacio? La *Guía de Pecadores* fué un libro europeo en el siglo XVII; lo cita Moliére en una de sus comedias. De la *Guía* hizo un espíritu libre—, Marchena—libro de confortación y amaestramiento en el idioma. El mismo autor lo prefería a todos los demás libros suyos. Lo escribió en una época de inspiración. «Buen clima debía de ser el de Badajoz—decía Fray Luis, con otras palabras—cuando yo escribí allí este libro». En la *Guía de Pecadores* hay, en primer término un modelo de prosa castellana, fina, ondulante, flexible, persuasiva, elocuente; luego, y aparte de la lección mística, una muchedumbre de menudas y exactas observaciones psicológicas de gran valor. Todo el libro respira humanidad y tolerancia. Ya, en 1868, don Fernando de Castro, al discurrir en sus *Caracteres históricos de la Iglesia española*, sobre cierta modalidad de la mística española, modalidad que es sentido comprensivo de la vida, humanidad, ponía como ejemplo a Fray Luis de Granada. Y la confirmación plena de la tolerancia y bondad de Fray Luis de Granada la encontramos en la *Guía de Pecadores*.

Utilizaremos para nuestras citas la bella edición de Salamanca, hecha por Domingo de Portonaris en 1575. (La primera edición conocida de la obra es de Lisboa, en 1556). Como antecedente necesario para exponer el sentido de la tolerancia en Granada, debemos hablar de su concepto de la virtud. Diríase que Moliére ha inspirado su *Impostor* en las líneas de Granada que vamos a copiar. «Hallaréis ahora muchos cristianos—dice Fray Luis—que oyen cada domingo su misa y rezan por sus horas y por sus cuentas, y ayunan cada semana, los sábados, a Nuestra Señora, y huelgan de oír sermones y otras cosa semejantes; y con hacer esto (que a la verdad es bien hecho) tiene tan vivos los apetitos de la honra, y de la codicia, y de la ira, como todos los otros hombres que nada de esto hacen». Toda la página — 392 en la edición dicha—es digna de ser copiada. No lo hacemos por no alargar este artículo. El autor desenvuelve su pensamiento y añade:

«Y algunos de éstos, siendo muy largos en rezar muchas coronas de avemarías, son muy estrechos en dar limosnas y hacer bien a los necesitados». La parte de la *Guía de Pecadores* de donde copiamos estas palabras es de una sutilidad de pensamiento maravillosa. Ardua, peligrosísima la materia, el autor tiene que poner un tacto exquisito en sus palabras; y le vemos, en efecto marchar lentamente, pasito a paso, haciendo, con toda clase de precauciones, una afirmación y luego estableciendo una prudente reserva, una salvadora distinción. Se trata nada menos—obsérvelo el lector—de la virtud interior, el espíritu, y de la virtud externa, la forma. Todo parece decirnos que debemos ante todo atender a lo interior; pero debemos tener cuidado al hacer la exaltada apología del espíritu; debemos tener cuidado, repito, en no desdeñar los accidentes exteriores. Podríamos, sin quererlo, llegar a arruinar respetables prácticas de virtud y aun el mismo culto. Y si esta materia es peligrosa para tratada hoy, calcúlese si lo sería en el siglo XVI, en plena eflorescencia de la Reforma. Nada, por lo tanto, más interesante, más dramático que este espectáculo espiritual que nos ofrece Fray Luis de Granada al ir caminando suavemente, con delicadeza extremada, por entre terribles y mortales escollos. Y claro está que debemos añadir lo que es sabido de historiadores y eruditos: que, a pesar de toda su delicadeza de pluma, Fray Luis tuvo hartos disgustos por sus libros, y que las ediciones modernas de las obras de Granada difieren bastante de las primitivas.

Y entremos a exponer—brevemente, el sentido de la tolerancia en Granada. Habla el autor, refiriéndose a las Ordenes religiosas, de los distintos medios que en ellas hay para llegar a la perfección. Unos escogen la meditación; otros, el trabajo; éstos viven en el silencio y apartamiento; aquéllos se mezclan al mundo y van sembrando entre los mundanos la buena semilla... ¿Quién es el que hace mejor elección? ¿Cuál vía será la preferida? «Pues acerca de esto —dice Fray Luis— suele haber un muy común engaño entre personas virtuosas, y es que los que han aprovechado por alguno de estos medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar sino sólo aquel; y ese querrían enseñar a todos; y tienen por errados a los que por allí no van, pareciéndoles que no hay más de un camino sólo para el cielo». Lo que se dice de los religiosos se puede extender a la sociedad literaria, a la sociedad política. El exclusivismo, la intolerancia se da del mismo modo que en las Ordenes religiosas entre los políticos, entre los literatos. Sólo que entre los políticos las consecuencias son más graves; los gobernantes disponen de la efectividad de

la *Gaceta* y de la fuerza armada. De la rivalidad y exclusivismo en el campo intelectual habla también Fray Luis. «Viene a ser, dice, el negocio de las virtudes como el de las ciencias, en los cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella ciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia; el astrólogo, que no la hay como la que trata del cielo y de las estrellas; el filósofo dice otro tanto; el que se da a la Escritura divina dice mucho más y con mayor razón; el que al estudio de las lenguas (porque sirven para la Escritura), dice lo mismo; el teólogo escolástico no se contenta con el lugar de enmedio, sino que pone su silla sobre todos. Y a ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su ciencia es la mejor y más necesaria».

Naturalmente, el exclusivismo de las predilecciones intelectuales puede extenderse a la ética y a la modalidad del carácter. Y aquí está la raíz de la más terrible intolerancia. No podemos comprender que un carácter sea distinto de nuestro carácter ni que un hombre viva de diversa manera de como vivimos nosotros. ¡Cuántos disgustos, contrariedades y desazones por esta falta de comprensión! «De aquí nace—dice Fray Luis—que lo que a él está mejor cree que es mejor para todos, y el zapato que a él viene justo cree que también vendrá a todos los otros». Y añade el autor: «Pues de esta raíz nacen los juicios de las vidas ajenas, y las disensiones y cismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados, porque no van por el camino que ellos van».

Sepamos que todos los caminos son buenos. La variedad es necesaria en la vida. Y volvamos al punto de partida: a la virtud interior—sin desdeñar los accidentes externos,—a la sinceridad, a la nobleza, a la rectitud.

(A. B. C. Madrid).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.

El Paraíso marxista

POR LEOPOLDO LUGONES

EL sistema implantado en Rusia se denomina a sí propio «maximalismo», porque aplica el programa total o «máximo» del socialismo alemán, llamado también «marxismo», nombre de su corifeo y filósofo Carlos Marx. Somos marxistas, repiten con frecuencia los bolshevikis.

Dos condiciones capitales de éxito requiere, según el apóstol y sus discípulos, la aplicación del sistema: la dictadura del proletariado y el dominio, en tal forma, de una gran nación. Ambas han quedado completamente satisfechas en Rusia, al ser ésta la nación más grande del mundo, y al imperar en ella sin reato alguno la dictadura susodicha.

El socialismo, a su vez, propónese esencialmente una sola cosa, y por ella se define: la transformación de la propiedad privada en propiedad colectiva. De este acontecimiento deben resultar dos beneficios imperiosamente consecutivos a la vez: el mayor bienestar económico del pueblo y la abolición del militarismo, ya que en el presente estado social militarismo y miseria constituyen los peores azotes del trabajador. Siendo, en efecto, la muerte el mal irreparable, y por ello el mal supremo, y el trabajador la res que suministra a aquellos dos demonios la carne de cañón y la carne de sepulcro, en grande escala, el sistema que los suprima habrá acabado con las dos causas principales del mal, dentro de lo hacedero por mano de hombre: será el Paraíso asequible, por haber abolido el mal evitable.

Transformada en Rusia la propiedad a todo el rigor de la doctrina, y satisfechas las condiciones de éxito impuestas por la misma, el experimento maximalista es completo. No podríamos, sin duda, exigir acto continuo todos sus frutos, pero sí que a lo menos no hubiera empeorado gravemente las cosas. Esto sale tanto menos excesivo, cuanto el estado anterior era terriblemente malo, al consistir en la severa persecución de toda disidencia política o ideológica; en el terrorismo como método de disciplina social; en el militarismo agresivo que caracteriza a las autocracias, y en las miserables condiciones económicas del pueblo. Por esto era aborrecible el zarismo, y entre todos digno de compasión el pueblo ruso.

No hubo, así, hombre libre que no simpatizara con la revolución; pero cuando ésta definióse por el socialismo alemán y como un instrumento del militarismo alemán al cual se entregó, cometiendo la traición más vil de la historia, fué menester desengañarse.

Habíame contado entre aquellos hombres, pero tomé, acto continuo, estotra posición. Para mí bastaba como desengaño la adopción del maximalismo, y véase por qué.

Concebida por un prusiano, súbdito de la autocracia rudamente feudal, la dictadura del proletariado debía resultar, como ha salido, en efecto, una mera inversión de aquello. Feudalismo y colectivismo son prácticamente sinónimos, y nadie ignora que invertir una cosa es cambiarla de posición, pero no de naturaleza. Lo que el marxismo se propone, en suma, no es suprimir el despotismo, sino pasarlo a manos de los despotizados, para que éstos despoticen a su vez. Mediante este traspaso de la opresión, preténdese que alcanzaremos la libertad; o sea que aumentando el mal nos acercaremos al bien.

En esta paradoja estriba el concepto profundo de la cuestión.

Formula ella, en efecto, el mismo contrasentido fanático a cuya virtud Jesucristo habría constituído la Iglesia, es decir el Reino de Dios bajo el cual alcanzarían los hombres la luz, la verdad y la vida que él pretendía encarnar («ego sum lux, et veritas, et vita») «en paz y concordia», tomando como «piedra fundamental» a un pescador iletrado, escaso de inteligencia, impulsivo en los hechos tanto como flojo de carácter, y por ejecutores a otros paisanos de análogo jaez, sobre los cuales difundió los dones del Espíritu Santo. Pero, aun cuando este milagro satisfizo con un poco de lógica, siquiera antojadiza, al sentido común violado por tan grosera paradoja, las consecuencias fueron atroces. El Reino de Dios trajo, en consecuencia, el derrumbe de la civilización, la horrenda crueldad y miseria medioevales que generalizaron en la Europa continental el canibalismo, síntesis de toda salvajez, la despoblación de comarcas enteras por hambre y peste, la prostitución y el infanticidio mil veces más desenfrenados que ahora...

Entonces inventaron los teólogos la explicación de que el Reino de Dios no es de este mundo y de que sólo se lo alcanza padeciendo. La indiferencia ante el padecimiento ajeno caracterizó, así, al fanático. Aquellos horrores fueron para él la condición necesaria de la bienaventuranza futura.

La posesión de la clave que para alcanzarla pretendía poseer él solo, justificaba con dicho supremo fin to-

dos los medios relativos. Así, los propagandistas cristianos usaban, gloriándose de ello, puesto que era en servicio del supremo bien, la falsificación, la mentira, la traición, la calumnia, el despojo, la ventaja inicua. No los contenía ningún «respeto humano», empezando por la legislación de los países extranjeros; y en sus propios concilios rompían los compromisos de la convocatoria para entregarse a incendiaria predicación. Ganada a su causa la barbarie, que era de la misma índole, la victoria común fué aquel horror de mil años. «Santa plebe de Dios» llamábase a sí misma la horda fanática. Y la plebe fué una vez más estéril y traicionera como el mulo.

Formado en el cristianismo más perfecto, que es el ortodoxo por justa definición, mantenido en la ignorancia sistemática y gobernado a látigo, el pueblo ruso tenía que reaccionar bajo el concepto del milagro cristiano cuya lucubración moderna transforma en «dictadura del proletariado» a la «santa plebe» medioeval. Su estado era, en efecto, medioeval bajo el zarinato, y lo es mucho más ahora. Las aldeas confedéranse con las compañías de bandidos y desertores que a su vez esquilman la campaña, para resistir a las exacciones ordenadas por el gobierno central. El comercio ha vuelto al sistema de trueque, y vemos reaparecer como arbitrio fiscal el empréstito forzoso en especies...

Por eso califiqué de «fanatismo cristiano», y nada más, la absurda esperanza de que semejante barbarie— y ya la veremos documentada oficialmente en forma mucho peor—engendrara una civilización más avanzada y justiciera. Lo dije desde el comienzo y desde antes todavía.

El 14 de julio de 1917, en mi artículo «Los agentes de la paz germánica», ahora inserto en el libro «Mi beligerancia», pág. 224, decía:

«Durante los años de 1912 y 1913, en muchas cartas enviadas desde Europa a LA NACIÓN, anuncié el próximo acercamiento del socialismo a la Iglesia y al Ejército, etc.» Y en el párrafo siguiente:

«En los artículos que desde abril del corriente año (1917) llevo publicados sobre la guerra, tengo definida la notable semejanza de los socialistas con los jesuitas, según resulta de su organización y propósitos.»

Llovíéronme con este motivo las injurias sectarias de la derecha y de la izquierda. Cuando hete aquí que hace unos veinte días aparece editado por la «Cooperativa Editorial Claridad», de avanzadas ideas, el interesante folleto «Lo que yo pienso del pueblo ruso», [1] cuyo autor es el mismísimo Gorki, jefe del servicio de propaganda bolsheviki. Allá, en la página 17, tercer párrafo de la primera columna, luego de encarecer Gorki el desinterés y la abnegación de los corifeos revolucionarios, reconoce textualmente «que la naturaleza de sus actividades inexorables los compele a guiarse por el principio jesuítico de que el fin justifica los medios.»

Ha llegado, pues, el caso de transferir las injurias de la izquierda a la cuenta del insospechable y grande escritor; cargando también las otras al reciente convenio del Vaticano con Tchitcherín, para organizar en Rusia la predicación de los jesuítas...

En cuanto al militarismo, baste recordar que en medio de la miseria más horrible, los maximalistas poseen un ejército de dos millones de hombres, no a la defensiva, sino para invadir la Europa capitalista en la primera oportunidad, según reciente manifestación del comisario de guerra Trotzky. La dictadura del proletariado no ha suprimido, pues, la carne de cañón, y Lenín tiene declarado con precisa fórmula que «el pacifismo es un prejuicio burgués.»

No es menos abundante la carne de sepulcro. Un año ha, la solicitud oficial de socorro, dirigida al mundo por los Soviets, afirmaba la existencia de diez y ocho millones de hambrientos en peligro de morir por inanición. Catástrofe sin precedentes en la historia. Pero los fanáticos no pretendían contenerla, sino explotarla. Así, las seiscientas sesenta mil toneladas de trigo que solicitaban con aquel fin habrían dado para cada hambriento cien gramos de pan por día durante el año entre cosecha y cosecha, mientras antes de la guerra, o sea cuando la carne y las patatas constituían la base de la alimentación, el consumo era de cuatrocientos gramos por habitante. Lo que se buscaba en realidad era surtir los graneros militares; y por esto los Estados Unidos impusieron el socorro directo a esa sospechosa mendicidad oficial.

Los fracasos agrícolas del sistema han sido igualmente graves.

No obstante su fecundidad verbal, consistente en vastos proyectos de tracción mecánica y de electrificación agrícola, la última cosecha no llegó a un octavo de las normales. En la Rusia europea sometida al maximalismo, la superficie sembrada disminuye, de 1916 a 1921, en el cuarenta y dos por ciento. Para el plantel ganadero, la disminución se cifra, respectivamente, con el 25% en los ovejunos, el 62% en los vacunos y el 90% en los porcinos. La manera como los Soviets han sabido proveer a la dotación de utilería agrícola, puede inferirse de este detalle: en 1913 la Rusia agrícola compró 945,000 arados; el material que le suministró el Gobierno maximalista desde el 1º de octubre de 1919 al 1º de mayo de 1921, es decir, en diez y nueve meses, fué tan sólo de 153: un centésimo por ciento.

Todos estos detalles pertenecen a radiogramas oficiales de Moscú, expedidos entre febrero y agosto de 1921, excepto los términos de comparación anteriores a 1916, que proceden de la estadística corriente.

Pues nadie ignora que la frontera rusa está cerrada al extranjero, mientras toda disidencia ideológica en el interior es pasible del presidio y de la muerte. Así lo han comprobado a la vez monárquicos y anarquistas.

Veamos ahora el estado intelectual y moral del nuevo «pueblo escogido» para iniciar en el mundo una civilización superior.

En mi artículo «Ante las hordas» [1] que ahora es el capítulo final del libro «La torre de Casandra», decía yo el 4 de julio de 1919:

«Las hordas están ahí como entonces (el siglo XIII), en el mismo estado moral y sufriendo iguales miserias conducentes a una idéntica ilusión de saqueo. La influencia que sobre ellas ha ganado el Islam es otro elemento de orientalismo hostil. Grandes masas de turcos anarquizados irán a engrosarlas», etc.

Efectivamente, el Gobierno de Angora está confederado con los Soviets, y el famoso Enver Pachá disciplina el ejército turco-ruso del Cáucaso.

Y el 13 de noviembre de 1921, en LA NACIÓN, bajo el título «A París o a Berlín»:

«En cuanto a Rusia, formación semitártara, la múltiple secesión actual revela de suyo en qué consistía. Era una informe trabazón mantenida con cadenas: siniestro pelele sin entidad espiritual. No representaba, como los otros Imperios, una tendencia nacional, sino una aglomeración de rebaños.»

Véase ahora las siguientes citas del mencionado folleto de Gorki, que no necesitan comentarios:

«El instinto del nómada aún no ha desaparecido en la naturaleza del aldeano ruso. Considera el trabajo del labrador como una maldición de Dios, y ansía huir de un sitio para otro.» (pág. 4.)

El historiador de la civilización rusa,

---

(1) En los números 11, 13, 21-22 y 28-29 del tomo 4 del REPERTORIO AMERICANO, puede el lector curioso hallar completos los artículos de Gorki a que se refiere Lugones.

(1) Véase este artículo de Lugones en el número 4 del tomo I del REPERTORIO AMERICANO.

dice, para caracterizar al campesino: «Muchas supersticiones y ninguna idea.» (pág. 5.)

«¿Quiénes son más crueles: los «rojos» o los «blancos»? Probablemente son iguales, porque unos y otros son rusos. Sin embargo, la historia suministra una respuesta muy categórica acerca de los distintos grados de crueldad: «Los más activos son los más crueles.» (pág. 8.)

«Creo que en ninguna parte son apaleadas las mujeres tan despiadadamente y tan a sangre fría como en la aldea rusa.» (pág. 9.)

«Los niños son golpeados con el mismo celo y saña. Apalear es un pasatiempo muy favorito en Rusia, y no se pone gran atención en quién es la víctima.» (pág. 9.)

Respecto a la moral del paisano ruso, cita algunos proverbios que la formulan, diciendo:

«No profesa una alta opinión de la verdad. «La verdad no satisface el hambre.» «Mantened la falsedad si con ella prosperáis.» «El hombre que dice la verdad es tan pernicioso como un tonto.» (pág. 10.)

En la página 11: «El asesinato se ha convertido en una cosa sencilla y ordinaria. Ello es consecuencia del bandolerismo y de la guerra civil.»

Describiendo antes las horrorosas crueldades cometidas con los prisioneros, dice (pág. 8):

«Creo que el pueblo ruso es excepcional en este concepto; y así como los ingleses tienen una capacidad humorística especial, los rusos poseen una crueldad instintiva, una crueldad a sangre fría, que trata de encontrar los límites extremos a que puede llegar el dolor y la resistencia humana y poner de manifiesto la tenacidad y perseverancia de las fuerzas vitales.»

Menciona (pág. 11) los planes para suprimir bocas inútiles por medio de la matanza oficial, añadiendo que son, ahora, muy abundantes en Rusia. Y he aquí la elocuente consecuencia que eso le inspira:

«Mas, no obstante su perversidad, dejan sentir que la inteligencia de la aldea se despierta y que, aunque su tendencia en la labor es mala, trabaja en una dirección nueva. La aldea se esfuerza en considerar a la Nación como un todo.»

Semejante estado de disgregación demuestra que ni siquiera es aquello una nacionalidad definida. Cuánto menos una entidad capaz de dar normas orgánicas a los pueblos más cultos. Y por eso, «en Siberia, los destacamentos de campesinos y partidarios se pasaban veinte veces de los bolshevikis a Koltchak y viceversa.» (pág. 13.)

El resumen es concluyente:

«He trazado aquí un esquema, tal como lo he entendido, del campo en que ha nacido y todavía desarrolla sus actividades la tragedia de la revolución rusa. Es un campo en que se agita un pueblo medio salvaje. La crueldad de las formas que reviste la Revolución la explico por la crueldad excepcional del pueblo ruso.» (pág. 16.)

No exageraba yo, pues, al hablar de barbarie y de hordas; de torpe fanatismo cristiano y de analogía psicológica entre el pescador del Tiberíades y el proletario de la dictadura bolsheviki: iletrado, escaso de inteligencia, impulsivo en los hechos tanto como flojo de carácter... Y valga la repetición.

Es que la enfermedad moral llamada fanatismo, cambia de época, pero no de diagnóstico. Inútil, pues, esperar del fanático lealtad ni compasión. Por esto la actitud bolsheviki ante la abstención de propaganda que se les exigió en Génova, y su insistencia en gobernar sobre los cadáveres de millones de inocentes extenuados por el fracaso del sistema.

He aquí la razón de que un país como Suiza, tan hospitalario con los perseguidos y rebeldes, tan orgulloso de su autonomía inaccesible a toda presión, y tan seguro de sus instituciones, acabe de prohibir a los delegados rusos en Génova la permanencia por más de veinticuatro horas. Oportuno aviso contra cierta gestión de estudio que el gobierno bolsheviki estaría por encomendar en nuestro país a pretendidos agentes comerciales de un intercambio fantástico.

En el próximo artículo trataré con más detalle este asunto, al estudiar si vale la pena decidirse por el Paraíso marxista, sacrificándole los frutos de la victoria alcanzada en 1918 sobre la autocracia germánica.

Mientras tanto, el experimento socialista efectuado en Rusia a satisfacción de la doctrina, inclusive la lucha contra el capitalismo internacional, prevista por ella, y de la cual es, entonces, inoficioso quejarse, resulta un fracaso siniestro. Una vez más en la historia, la barbarie no es otra cosa que un instrumento de destrucción. Otra vez, también, el fanatismo es tan sólo un agente del mal. La civilización fundada en la libertad y en la justicia, no tiene sentido práctico sino para la gente de estirpe greco-romana. Constituye por excelencia la cosa latina. Y por esto el triunfo del socialismo, el «invento alemán» que la niega, hundiría de nuevo al mundo en las sombras de la barbarie.

(*La Nación*, Buenos Aires).

El próximo artículo de Lugones:

El alma de la tragedia



LA VOZ Y EL EJEMPLO DE LOS PRÓCERES



13.—Sólo las instituciones son dignas de veneración

No bien un audaz cualquiera secuestra en su provecho la soberanía del pueblo, haciendo crujir el látigo del capataz, nos prosternamos ante él, abdicamos nuestra dignidad y nos apresuramos a besar la mano que nos azota.

Mientras no llegue el día en que para nosotros sólo las instituciones sean veneradas, y en los hombres públicos no apreciemos otro mérito que el de la integridad y lealtad en la ejecución de las leyes: mientras en esos mismos hombres públicos no desaparezca toda ambición personal para dar lugar a la única noble de las glorias de la patria, estaremos tan distantes de la verdadera democracia como lo estábamos en el tiempo del coloniaje.

Sea pues, nuestro mayor anhelo, cambiar mediante una buena educación política nuestro viciado organismo, y siguiendo el ejemplo de la gran República norteamericana, no sean grandes para nosotros más que los hombres que imiten a Washington, por cuya mente jamás pasó el criminal pensamiento de sobreponerse a la voluntad de sus conciudadanos, ni aun con el especioso pretexto de hacerles bien.

JULIÁN VOLIO.

San José, noviembre 9 de 1887.

(Envío del General Volio).

14.—Las colmenas como elementos de riqueza

MINISTERIO DE RELACIONES Y GOBERNACION — Nº 264.

Casa de Gobierno, San José, Junio 2 de 1848.

Señor Don Jesús Guzmán.

SABEDOR el Excelentísimo señor General Presidente de este Estado, de que en la capital de Guatemala se

hallan de venta varias colmenas de cera de castilla y deseoso por otra parte de ensayar en Costa Rica este ramo de industria que tal vez vendrá a ser con el tiempo uno de sus principales elementos de riqueza, se ha servido ordenarme: que me dirija a Ud., como lo hago por la presente, manifestándole, que S. E. lo comisiona para que verifique la compra de cuatro o cinco de las colmenas antedichas; así como para que las haga conducir hasta esta capital con el mayor esmero y cuidado; a cuyo intento, le incluyo un libramiento en valor de ($ 400) cuatrocientos pesos para ocurrir a los gastos que Ud. impenda en el desempeño de esta comisión; bajo el concepto de que si no bastase la expresada suma, será cubierto el exceso en esta capital al primer aviso.

Al hacer a Ud. este encargo S. E. espera del patriotismo que le es característico, que lo llenará con gusto, en la persuación de que obrando así hará un positivo servicio a su país.

Yo me honro de asegurar a Ud. de la consideración y aprecio con que me firmo su atento servidor,

CALVO.

(*El Costarricense*, 10-VI-1848).

¿Revelación...?

POR LYDIA BOLENA

—Por Dios! Don Pablo, ¿qué le pasa a Ud.?

Con esta pregunta acosaban—mañana y tarde—al profesor de música Don Pedro Pablo De Moran, sus amigos íntimos del casino. Con el tono apacible y cariñoso que nunca le abandonaba y que le atraía la simpatía de cuantos le trataban, De Moran contestábales sonriendo, y medio turbado: —Pues... que me vuelvo viejo. ¿Queréis más? Viejo, viejo, amigos...

Sin embargo, la tristeza que pesaba sobre el amable profesor distaba mucho de aquella que se apodera del espíritu cuando se aleja la juventud. ¿De qué se trataba entonces? ¿Qué mosca maléfica había picado a don Pedro Pablo? Un viejo socarrón de esos que entre sorbo y sorbo de café hablan de la vida por experiencia propia deslizó la idea de que aquella melancolía bien podía ser el resultado de una pasión. ¿Sería posible? De Morán contaba ya más de medio siglo.

El viejezuelo charlador tenía algo de zahorí: Don Pedro Pablo De Morán estaba en verdad enamorado como un colegial tarambana, sólo que lo ocultaba porque aún le quedaba juicio para comprender que a sus años aquel donjuanesco penar bien podía desatar la zumba de sus conocidos.

El hecho fué que don Pablo, el de plácido vivir, se tornó triste y cabizbajo. Hasta allí su existencia había sido inalterablemente serena, su página pasional no contaba sino superficiales devaneos de esos que no causan desazones ni provocan hondos suspiros. Con orgullosa complacencia, cuando de la enfermedad de los dioses se trataba, solía decir:

—¿Amores que turben la calma? Bah! No creo en ellos, señores. De mí puedo deciros que las únicas conmociones fuertes de mi alma las debo a la buena música y que sólo las grandes creaciones de ese arte me recuerdan que tengo corazón.

Pero ¡vaya! llegó el día en que en el espíritu de don Pablo se operó una completa transformación; día en que los Rossini, los Gounod y demás magos de la armonía perdieron su absoluto ascendiente sobre él. Hubo en la naturaleza del profesor un despertar de sensibilidades desconocidas, un brote de sentimientos y de ardores que le asustaron. Es que esas rachas postreras de juventud interior, cuando ya el cuerpo se dobla y está la cabeza salpicada de escarcha, suelen traer profundos dolores!

La hermosura precoz de su alumna Evelina Dussant fué causa de aquel desvarío.

Una serie de agudas impresiones eran para el profesor las horas de lecciones. La figura gentil de su discípula que apenas contaba quince abriles, su donaire, sus ojos vastos, y todo el encanto de su frescura así tan cerca de él, le desconcertaban, y aquel brillo de sus pupilas añiladas que le miraban rientes le producía efectos de hipnotismo.

Como el maestro se distraía, la muchacha ejecutaba a su antojo: y los *allegros*, *moderattos* y *pianissimos* quedaron en el olvido. La madre de Evelina solía decir meneando la cabeza y dirigiéndose a su marido:

—Nuestra chica en el piano no va bien; el señor De Morán no sirve ya. Está perdiendo la energía.

Un día Evelina sorprendió a su profesor en uno de esos momentos en que la miraba arrobado. Curiosa la muchacha, con un gracioso gesto de sus labios color de múrice ¡labios de Salomé!, formuló la misma pregunta de inquietud:

—Por Dios don Pablo, ¿qué le pasa a Ud.?

—Nada señorita—respondió el profesor frotándose los ojos—, que no veo, que me vuelvo viejo, que... ¡debéis cambiar esa fantasía monótona y tocar algo de Wagner!

Evelina cambió los papeles de música y el profesor añadió levantándose:

—Tocad con fuerza... con brío. Permitidme, así... Y recorriendo el teclado, don Pablo ejecutó la sonata rudamente. Las notas salieron en tropel vigoroso simulando ya un reto, ya una imprecación, ya una blasfemia!

Allá en su alcoba la vieja señora Dussant, se preguntaba sorprendida: ¿Quién tocará con tanta vida?

San José de Costa Rica. 1922.

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusto el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirla. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

Noticiario

Nos dice en carta privada nuestro compañero Brenes Mesén, al remitirnos su respuesta a las preguntas del Repertorio, que en otra parte se publican:

«Yo no sugiero otras posibilidades porque cuando me las analizo, todas vienen a la educación de la opinión pública. Lo que Uds. desean hacer con la Mistral es lo que podría hacerse con otros hombres de letras: invitarles a hablar, a vivir algunas semanas en su compañía. Y eso en cada nación del Continente daría la compenetración del verdadero espíritu de la raza».

* *

En otra carta nos dice nuestro amigo y colaborador don Enrique Gay Calbó, de Cuba:

«Recibí los libros que me envió, los que han de serme utilísimos (1). ¡Cuánto se aprende examinando la Historia! La intromisión de Walker viene a confirmar mi criterio de que los extranjeros se han mezclado en nuestros asuntos por expresa petición nuestra siempre, y que sólo después han establecido unos derechos torcidos, que nos han impuesto. Somos desgraciados por imprevisión, únicamente. En fin, confiemos en que sabremos salir de tantos enredos como hemos consentido y en que el mañana será para nosotros menos duro e incierto».

* *

Nos ha complacido tanto ver que la selecta revista *Orto*, de Manzanillo, Cuba, haya reproducido en su entrega del 15 de octubre de 1922 el artículo *Elecciones* de don Vicente Castro, escrito en el «Mentor Costarricense» del 20 de mayo de **1843** y reproducido en «La Voz y el Ejemplo de los Próceres» del Repertorio Americano, entrega del 2 de ocubre de 1922. *Orto* juzga oportuna para Cuba la palabra del prócer costarricense, dicha hace **79** años, y por ello la reproduce. Cada día es mayor nuestro convencimiento de que los próceres de este continente no son chilenos, ni argentinos, ni centroamericanos, ni esto, ni lo otro; son americanos y así en su totalidad es como hay que conocerlos, estudiarlos y amarlos. Sin amor y conocimiento, no hay admiración ni imitación ni acción. Escuchemos la voz de los próceres de América. No hablaron en vano. Su voz es voz de Dios que guía y aconseja. Sólo los insensatos se cierran al amor y a la comprensión del pasado espiritual que realizaron sus progenitores ilustres.

* *

Con el título de *The Slogan*, traduce y publica Inter-América, de Nueva York, en su sección inglesa, *El Grito* de Gabriela Mistral, tomado del Repertorio Americano, entrega número **4** del tomo cuarto.

Hemos recibido

GABRIELA MISTRAL
VENDRÁ A COSTA RICA

SECRETARIA
DE
RELACIONES EXTERIORES

San José, 22 de Setiembre de 1922.
Nº 226. G.

Señor don Joaquín García Monge,
San José.

Estimado señor:

Tengo el gusto de participar a Ud., en contestación a su atenta carta del 7 del mes en curso, que me he dirigido ya al señor Encargado de la Legación de Chile en esta República, rogándole que se sirva solicitar por cable, del Ministerio de Instrucción Pública de esa nación, el permiso que necesita la notable escritora Gabriela Mistral para visitar este país.

Soy de Ud. con toda consideración, muy atento y seguro servidor,

J. A. Coronado.

SECRETARIA
DE
RELACIONES EXTERIORES

San José, 30 de Octubre de 1922.
Nº 254. G.

Señor Profesor don
Joaquín García Monge
San José.

En relación con la nota de esta Secretaría, Nº 226. G. de fecha 22 de setiembre último, tengo la honra de trascribir a Ud. la siguiente nota que acabo de recibir:

«Legación de Chile en Centro América.—San José de Costa Rica, octubre 30 de 1922.—Señor Ministro: Mi Gobierno me informa, por cable, de que el Ministerio de Instrucción Pública ha concedido permiso a Gabriela Mistral para que visite a Costa Rica, en su viaje de regreso a Chile.

Quedan así complacidos los deseos de Vuestra Excelencia y me es grato aprovechar esta nueva oportunidad para renovar a Vuestra Excelencia los sentimientos de mi más distinguida consideración.

(f.) Gmo. Pérez Canto.

Al Excmo, señor don
José Andrés Coronado Alvarado,
Ministro de R. R. E. E. en Costa Rica».

Aprovecho esta oportunidad para suscribirme de Ud. con la mayor consideración, muy atento y seguro servidor,

J. A. Coronado.

L'ECLAIR
GRAND JOURNAL QUOTIDIEN
Fondé en 1887

10 Rue du Faubourg Montmartre
París
Le 29 Septembre

Monsieur et cher confrére,

L'Eclair compte donner, á partir du 1er. octobre, une place particuliérement importante au Mouvement Intellectual á l'Etranger. Je serais tres heureu de rendre compte dans ce Courrier quotidien de chacun des numeros de votre excellente revue.

Puis je vous prier de vouloir bien m'en faire le service á mon domicile personnel:

7, rue Edmond Gondinet.
París 13e.

Des justificatifs de tous mes comptes rendus vous seront envoyés par mes soins.

Veuillez, Monsieur et cher confrére, recevoir, avec mes remerciements, mes salutations distinguées.

L. Treich
Secrétaire général.

(1) *La Campaña Nacional contra los Filibusteros*, por J. B. Calvo, y *Documentos relativos a la Guerra Nacional* (1856-1857).

Sor Silencio

[Llamaban los primeros cristianos, al día de la muerte: *Dies natalis*. Yo también he querido celebrar el *Dies natalis* de la señorita Fedima Buitrago].

Humilde, más humilde, mucho más toda-
[vía...
un rosal en voz baja, por señas, nunca visto;
pero más que los papas y los reyes valía,
pues, última, primera. Nuestro Dios Jesu-
[cristo,

cuando habló de su Reino, la tuvo muy pre-
[sente.
Las Bienaventuranzas, minúsculas mayores,
nos dicen ocho veces, pero muy suavemente,
cuáles son los espejos de las divinas flores.

Por el ánfora plena d' aquel tu viejo vino,
no juzgues de las cosas. Hay un nuevo cri-
[terio,
y todas las criaturas, por un nuevo camino,
van, manos levantadas, en señal de mis-
[terio.

Como era la más pobre, sólo Dios sabe
[ahora,
cómo será de rica. ¡No se puede contar,
ni en voz baja, con suaves reticencias d'au-
[rora,
ni en voz alta, con plenas resonancias de
[mar.

Talvez, en las historias que narró Schara-
[zada,
bajo la noche plena de lámparas votivas;
o en la más impecable mayúscula dorada
d' un raro pergamino de leyendas esquivas;

quizá Rubén el dueño de las piedras pre-
[ciosas,
o los cuadros de Rubens, o San Marcos,
[no sé,
dónde he visto, lejanas palabras de las cosas
que para los humildes, atesora la fé.

Humilde, más humilde, mucho más todavía,
un rosal en voz baja, por señas, nunca visto;
pero más que los papas y los reyes valía,
pues le dió su corona Nuestro Rey Jesucristo.

¿Por qué nunca pudimos ni besarle las ma-
[nos,
cuando iba por las calles, pidiendo lo pequeño
d' interés relativo, no sabiendo, ¡profanos!
que tenía las llaves del Absoluto Dueño!

Verdadera princesa del más Divino Cuento,
una sola palabra de sus labios salida,
enriquecernos pudo, sin el tanto por ciento
que vemos en los ricos de la Quinta Avenida.

Y «*dum medium silentium*» porque fué si-
[lenciosa,
nada más qu' una lega Sor Silencio, podía,
decir, con gracia plena d' una voz tod' her-
[mosa,
«El Señor es contigo, Dios te salve, María!»;

también podía, como, quien no quiere la
[cosa,
hablando sin hablar, decirnos al oído,
una palabra estrella, y una palabra rosa,
en las cuales, mañana fabricará su nido,

quien sabe qué poeta de clausura sellada
y de versos muy nuevos, muy libres, muy
[lejanos,
cuando verbos y nombres no sirven para
[nada,
ni el rumor de los labios, ni el gesto de las
[manos.

Humilde, más humilde, mucho más todavía,
un rosal en voz baja, por señas, nunca visto;
pero más que los papas y los reyes valía,
pues le dió su corona Nuestro Rey Jesucristo.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León. Nicaragua, 23 de Octubre de 1922.

La vida de las plantas

Algo sobre el anhidrido carbónico

[Al hacer el presente trabajo, principio de muy interesantes fenómenos de la vida vegetal, comprendemos que es cosa difícil y que, tal vez, mucho tendremos que ir rectificando.

No nos referimos a «frutos», ni menos a «frutos durante la maduración», sino a plantas en condiciones normales de crecimiento.

En cuanto a que existen plantas o flores que pueden producir intoxicación, sí es cierto, pero debido a otras causas, no a la exhalación de CO_2.

Mucho de lo que decimos puede discutirse, debe discutirse, pero al final lo único que vale, en lo que a comprobación se refiere, es la experiencia.

Creemos que en la alimentación de las plantas, en general, debe hacerse un intenso trabajo de investigación, ya iniciado en Europa].

ALGUNAS observaciones y experiencias sobre este gas nos parecen interesantes y deseamos darlas a conocer.

Las plantas, se ha dicho siempre, fijan durante el día o bajo la influencia de la luz, el anhidrido carbónico y expulsan oxígeno, y durante la noche, o en la oscuridad, toman oxígeno y expulsan anhídrido carbónico.

Durante el día las plantas purifican el aire y durante la noche lo vician, porque el CO^2 es un gas impropio para la combustión (respiración).

Esta conclusión, así como los consejos que se dan para no tener plantas en las habitaciones, durante la noche, nos parecen hasta cierto punto falsos. Ahora veamos el problema en sus distintos aspectos.

Dice Storer, en su obra «Agriculture in some of its relations with chemis-

tre» (tomo I, cap. II, pág. 23): «Boussingault sugirió la hipótesis de que el *ácido* carbónico (anhidrido C O^2) y el agua al unirse perdían un átomo de O cada uno [1] así: $C O^2 + H^2O = C O H^2 + 2 O$ y que eso multiplicado por 12 daría $C_{12} H_{24} O_{12}$ (azúcar de uva); si de esa fórmula quitamos una molécula de agua nos quedaría $C_{12} H_{22} O_{11}$ (azúcar de caña) y si quitamos dos: $C_{12} H_{20} O_{10}$ nos resulta almidón, celulosa o sus isómeros».

Esta hipótesis parece indicar el camino que sigue la planta para elaborar sus productos. El carbón es el eje y al rededor de él, lo demás.

Parece comprobado que el carbono sólo es reducido por las plantas del C O^2 y que la abundancia de este gas en la atmósfera produce una rápida vegetación y aumento de cosechas. Esto fué probado por el Dr. alemán Gradenwitz y comprobado en Italia.

Está fuera de discusión que el carbono es indispensable para la planta y que ésta lo reduce del C O^2.

La respiración que durante el día se verifica no es otra cosa que la descomposición del C O^2, del cual la planta se apropia el C y liberta el O; el carbono lo usa para elaborar almidones, azúcares, etc., etc.

No es propiamente que la planta absorbe anhidrido carbónico y expulsa oxígeno, sino que «al contacto de los granos de clorófila, en presencia de la luz, el C O^2 se descompone».

Ahora veamos, ¿qué es el C O^2?

Gas incoloro, olor débil, soluble en agua a la cual da un gusto picante; densidad 1,529 (1½ veces mayor que el aire). Puede transvasarse; busca las capas inferiores de la atmósfera.

Impropio para la combustión y la respiración, desde luego.

Siendo la producción de anhidrido carbónico de algunas plantas necesariamente muy poco y siendo más pesado que el aire, es imposible que al producirse en una habitación llegue a envenenar el ambiente y causar la asfixia de las personas.

Aceptemos que así fuera y traladémonos a un bosque en el cual no son pocas plantas sino miles o millones y deberíamos creer, si la hipótesis fuera cierta, que el aire en los bosques, durante la noche, sería terriblemente tóxico; sabemos que eso no es así.

Se puede creer que en el bosque el *viento* impide que el C O^2 se deposite, pero en los invernaderos no concurre ese factor y Peter Henderson hace observar que «en los invernaderos los guardas nocturnos, apesar de dormir entre *miles* de plantas, nunca se han sentido enfermos por esa causa, ni siquiera han apreciado el menor síntoma de intoxicación».

Por otra parte, si una cantidad muy reducida de anhidrido carbónico es suficiente para producir síntomas de asfixia en personas, es natural que en los animales pequeños el efecto del C O^2 es mayor y entonces resulta inexplicable que no perezcan envenenados todos los animales que viven entre las hojas o las malezas en los bosques y «*que allí duermen*».

Por nuestra parte podemos decir que siempre usamos *flores* en el cuarto de dormir sin que nunca, que sepamos, nos hayamos envenenado y que el aire en el campo, durante la noche, no *parece* ser *venenoso*.

Pero Bussingault hizo experiencias y al parecer obtuvo C O^2 de las plantas en la oscuridad.

Hemos repetido esas experiencias y a ellas nos referiremos oportunamente. Por último ha sido comprobado que en hojas en las cuales no había señales de almidón, al ser expuesta a la luz, la planta lo formó, y para llegar a ese resultado *necesitó* emplear el carbono que había reducido; es posible que nunca se encuentre el carbono libre en la planta y que ésta conforme lo va reduciendo lo emplea en la elaboración de sus productos.

Nuestra hipótesis es ésta: «La luz da a la clorófila la capacidad de reducir el carbono» (esto lo comprobó Bussingault). Si no hay luz, el fenómeno no puede verificarse y por eso creemos que durante la noche, o en la oscuridad, las plantas *no asimilan ni desasimilan*, reposan.

Si la planta toma el carbono para hacer su azúcar, almidón, etc., y lo emplea al punto, ¿de dónde tomaría el carbono que expulsa durante la noche?

¿No sería éste un caso de desasimilación bastante raro, por cierto?

¿Cómo podríamos explicar ese doble fenómeno sin aceptar que la planta pierde de su misma sustancia cierta porción cada día?

No hay que olvidar que la función del vegetal es almacenar energía solar.

Por ahora podemos dejar como una conclusión la siguiente:

No existe el menor peligro de asfixia en dejar plantas en las habitaciones en la noche, según nuestra experiencia y la de grandes hortelanos como Henderson.

JUAN J. CARAZO.

(1) Ob: ¿no será el C O^2 quien pierde los 2 O?

Sueño

Este sueño me pesa más allá de los ojos,
sueño de unas pupilas eternamente insom-
[nes,
que por almohada piden la tiniebla absoluta
y por manta el espeso silencio de la noche.

En el mármol velado de mi estatua yacente,
bajo los siete sellos de la Inmovilidad,
ceñir con bandeletas de olvido la conciencia
como a una vieja momia de polvorienta faz.

Y para que el silencio me envuelva más
[profundo,
y no turbe ni el día, ese oscuro sopor,
cegar los ventanales de mis anchas pupilas,
detener los latidos del torpe corazón...

LUISA LUISI

Montevideo, 1922.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de la prensa hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto...............	¢	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración..........		2-00
Para el extranjero, el número suelto..........................	$	0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)..........		3-50 » »
La página de avisos, por inserción.......................		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

* * *

En Nevada

Por ANTONIO ESCOBAR

El Estado de Nevada lleva el mismo sonoro nombre castellano que aquella sierra de Andalucía, en la cual sobre sale el Pico de Mulhacem. Este Estado, uno de los más jóvenes de la Unión, pues data del año 64, es uno de los menos poblados—77 mil habitantes—con una extensión de 110 mil millas cuadradas, más del doble que el Estado de Pensilvania y uno de los más atrasados y desmoralizados.

Se distingue por varias peculiaridades. Es una de ellas que en su población, por cada hembra hay dos varones; otra que esa población es, en su mayor parte trashumante, esto es, de gente que reside allí poco tiempo, y por esto la mitad del cuerpo electoral se renueva cada año, y hay miembros de la Legislatura y alcaldes y concejales, que elegidos a poco de haber llegado al país, se trasladan a otro Estado cuando termina su mandato.

Otra peculiaridad que ha dado fama a Nevada es su ley de divorcio, por la cual bastan seis meses de residencia en el Estado para poder entablar la demanda. De aquí una industria explotada por jueces, abogados y dueños de hotel en Reno, ciudad que es para los matrimonios americanos mal avenidos lo que la Meca es para los mahometanos.

Allí florecen los burdeles, los garitos y el pugilismo; y también florecían las tabernas antes de que viniese la prohibición anti-alcohólica. En política aquel cuerpo electoral no es ni democrático ni republicano: de lo que se le paga mejor por los «intereses» que necesitan disponer de dos Senadores y de un Representante más en el Congreso. Hay pocos centros urbanos importantes y la población rural, en renovación continua, no echa raíces.

A estas condiciones contribuye, sin duda, la índole movediza de la gente que trabaja en las minas y las ferrovías; pero en opinión de observadores concienzudos y serenos, la causa fundamental está en el monopolio que la industria ganadera tiene del agua, de las tierras de riego y de las praderas del Estado.

Este monopolio es lo que, según esos economistas, ha impedido allí el desarrollo de la pequeña propiedad rústica, de la vida de familia y de una población estable, moral y encariñada con el país y ha originado esa proporción excesiva de trabajadores migratorios y de hombres sin hogar. Se calcula que el 50 por 100 de los hombres de Nevada, o sea, 20 mil—en una población total de 77 mil—se compone de pastores, de vaqueros, de mineros, que viven en barracones *(bunk houses)*, en parajes aislados, en estado de soltería y sin más distracciones que, en los días de cobranza y cuando van a algún pueblo cercano, en el juego, la bebida de contrabando y algo de cinematógrafo.

Si los propietarios de los grandes potreros no tuviesen el monopolio del agua, que emplean, casi exclusivamente, en la producción de heno y de ganado vacuno y lanar, las vastas fincas se dividirían en pequeñas haciendas, dotadas de riego y dedicadas a cultivos variados e intensivos, de los cuales viviría una población estable y moral y habría un número considerable de centros urbanos, que fomentarían el progreso.

Nevada tiene cuatro ríos, y toda la tierra regada por ellos está en manos de unas cuantas familias, que la explotan para criar ganado y se niegan a la construcción de canales, derivados de esos ríos, que servirían para poner en producción las tierras áridas. «En ningún Estado, ha dicho el Profesor R. Adams en un estudio publicado en el Journal of Sociology, hay tanta tierra en poder de tan pocas personas; y aquel Estado—añade—tiene mayor tanto por 100 de gente en las cárceles, los manicomios y los hospitales, que algunos de sus vecinos, en los cuales son numerosas las fincas rústicas y la población trabajadora es estable.»

¿Dónde está el remedio? El Profesor Adams propone que se limite el número de animales que pastan en las tierras del Estado, no poseídas, pero sí *controladas* por los grandes ganaderos; con lo que éstos, al ver, que las fincas eran menos productivas, se avendrían a dividirlas; pero, para esto, se requeriría la acción de la Legislatura, que está tan *controlada* por los ganaderos como los terrenos, los ríos y las reses.

Otra solución es que el gobierno federal compre a esos poderosos varones tierras regadas para dividirlas; y, además, que en la parte árida del Estado, perfore pozos artesianos para agua y valor a grandes áreas, hoy baldías y en las que se establecerían millares de labradores propietarios. Esto costaría mucho dinero.

La mejor y más barata solución sería el impuesto progresivo sobre los terrenos; con lo que las fincas grandes estarían tan gravadas, que dejarían de ser negocio y sus dueños se apresurarían a parcelar todas esas áreas que tienen riego natural. Pero en esto no se piensa porque los americanos no han admitido, hasta ahora, el principio de la progresión, más, que para el *income tax*, o impuesto sobre el ingreso.

Cuando lo apliquen a las tierras, rústicas o urbanas, cultivadas o en barbecho, edificadas o sin edificar, se acabarán las especulaciones abusivas y será más equitativa la distribución de la riqueza.

Nueva York, 1922.

(*El Mundo*, Habana).

Original opinión de Eugenio D'Ors sobre los caricaturistas argentinos.



En una conversación de sobremesa con Eugenio D'Ors, entramos a hablar de arte en general y, sin saber cómo, llegamos a nuestros caricaturistas.

—¿Qué le parecen nuestros caricaturistas?—le pregunté.

—No me gustan—respondió él, y añadió enseguida, con ese aplomo que caracteriza a toda su expresión escrita o hablada:

—Acartonan las figuras. A un pronto, podría creerse que lo halagaban a uno, porque lo embellecen; pero uno que tiene sentido artístico no puede sentirse halagado por esa falta de vida que hay en sus caricaturas. Por eso satisface Bagaría. Bagaría lo afea a uno, más bien, pero lo deja satisfecho porque pone vida en la figura.

Recuerdo esta opinión de Eugenio D'Ors al ver la caricatura que ahora le ha hecho Bagaría y que, recién llegado de España, se publica en estas columnas. Realmente, por lo que toca a Bagaría no puede caber duda de que tiene razón. He ahí una caritura, cada uno de cuyos rasgos está lleno de vida; una caricatura ajena al acartonamiento que D'Ors veía en nuestros caricaturistas.—J. G.

(*Nueva Era*, Buenos Aires).

Agua Lluvia

Agua lluvia del cielo ¡Dios mío! ¡que
[lloviera,
como en aquellos días de los tiempos pa-
[sados!
La corriente llevaba nuestras manchas
[afuera,
a ponerlas muy lejos. Quedábamos lavados

de polvo, nuevecitos. ¿No recordáis,
[hermanos,
¡qué alegría profunda! Después de haber
[llovido,
éramos, por ingenuos, los frailes francis-
[canos
del tiempo de Francisco. Era un nuevo
[sentido...

Ojos, manos y boca, para las nuevas cosas,
tan nuevas que mi verso, lo dice muy
[apenas,
sin hablar, porque todas me parecen pol-
[vosas
aquellas mis palabras escogidas por buenas.

Por el sol, por el polvo, por este calor,
[feas
se vuelven las palabras; el silencio lavado
refleja la belleza de las nuevas ideas,
en sus aguas divinas. Absueltos de pecado

por gracia de la lluvia, vivíamos dichosos.
¡Arboles encantados en la flor y en el fruto!;
Monjes benedictinos pintando silenciosos,
mayúsculas eternas, mientras pasa el minuto

que nos trajo la lluvia. Después, los es-
[pantables
mordiscos del verano, furioso jabalí
que muerde, muerde, muerde: Son los
[interminables
siglos en que no llueve. Antes, *Dichosofuí*

por la Lluvia; y ahora, yo soy Pájaro
[Triste,
mientras pasa el verano que no pasa. Verano,
nadie, nadie te quiere; desde que tu viniste,
rezan todas las almas sus cantos al lejano

Invierno ¡qué lloviera! ¡Agua de Mayo,
[buena,
¿qué te pasa la niña, dónde te has escon-
[dido?
¿No sabes que tenemos hambre y sed de tu
[plena
misericordia? Nuestro Jesús el más florido

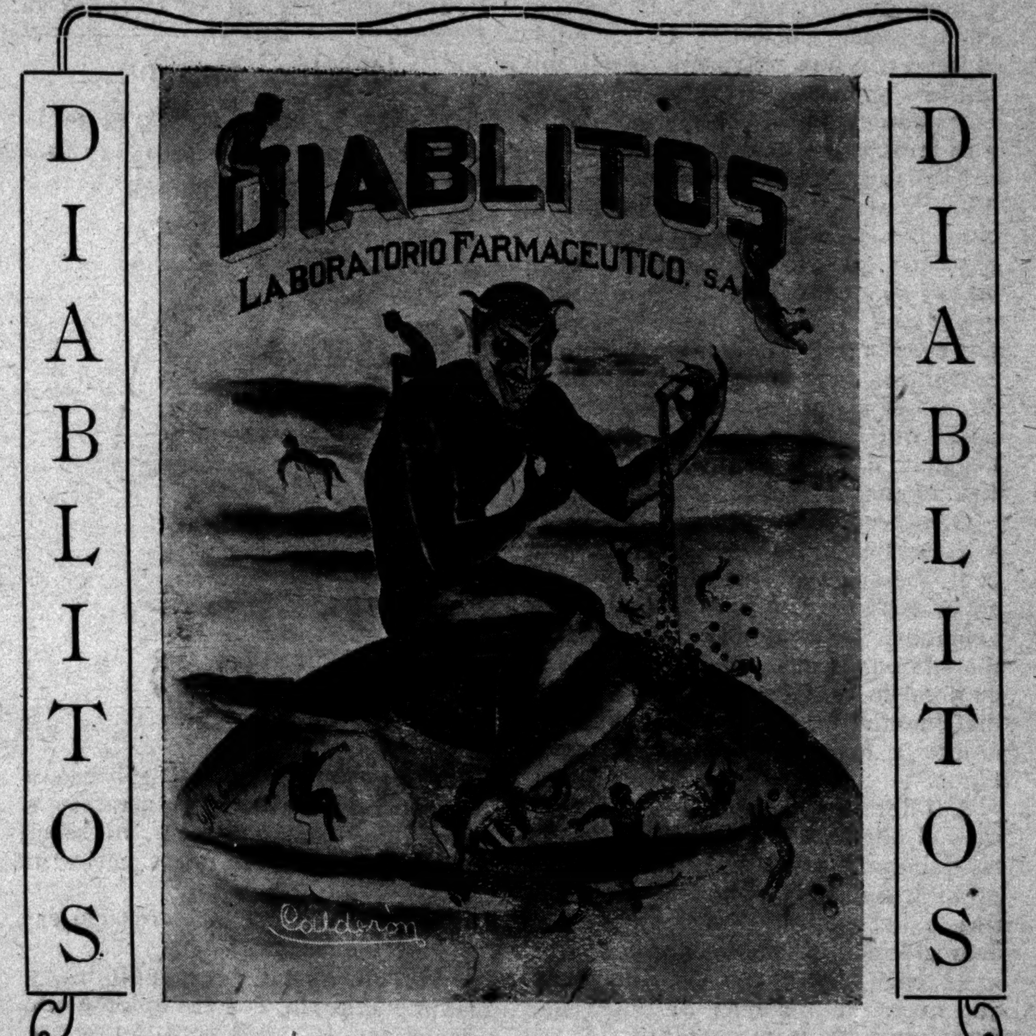
libro de versos nuevos, antiguos y futuros,
es el Agua de Mayo. Palomas en bandada,
revuelan nuestras almas con vuelos inse-
[guros,
por Jesús Agua Lluvia, por la Nube Car-
[gada.

Desde que Tú no vienes, oh Lluvia Pro-
[metida,
somos pájaros tristes, de una tierra lejana,
y de tristeza, muertos, se nos pasa la vida,
buscando el Ojo de Agua de la Samaritana.

Sin polvo, nuevecitos. ¿No recordáis,
[hermanos,
¡qué alegría profunda! Después de haber
[llovido,
éramos, por ingenuos, los frailes francis-
[canos
del tiempo de Francisco. Era un nuevo
[sentido...

A. H. Pallais, Pbro.

León, Nicaragua.



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica